

Gordon R. Dickson

LA ESTRATEGIA DEL ERROR

Cielo Dorsai IV



La toma de Margaretha, en Freilandia, fue el último de una serie de compromisos que libraron con buena fortuna los nuevos mercenarios Dorsai bajo el mando de Cletus. Más de un año había transcurrido desde la captura de las minas de Newton, y durante quel tiempo efectuaron campañas que acabaron en limpias victorias en planetas como el mundo hermano de Newton, Cassida, Santa María, un planeta más pequeño que orbitaba alrededor del sol de Procyón junto con Mará y Kultis y, últimamente, Freilandia, que, junto con Nueva Tierra, eran los mundos habitados de la estrella Sirio. Margaretha era una isla situada a cuatrocientos kilómetros al noreste del principal continente de Freilandia. Fue invadida por la colonia más próxima del continente. El gobierno en el exilio reunió fondos para contratar Dorsai que recuperaran su hogar de los invasores.

Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se

editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny (1970).
5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).

12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphan Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).

32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).
38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

1

Aparentemente el joven teniente coronel estaba borracho y dispuesto a lanzarse hacia el desastre.

Entró cojeando en el comedor de la nave espacial —era la primera noche tras su partida de Denver en el vuelo que se dirigía a Kultis— con unas relucientes condecoraciones por actos de servicio en la chaqueta de su uniforme verde, y miró a su alrededor. Se trataba de un oficial alto y delgado, joven para el rango que ostentaba en las Fuerzas Expedicionarias de la Alianza Occidental Terrestre; a primera vista su rostro abierto parecía alegre hasta el punto de resultar inofensivo.

Recorrió el salón con los ojos durante unos pocos segundos mientras el camarero trataba infructuosamente de llevarle hasta una cabina cercana que estaba dispuesta para un único comensal. Luego, ignorando al camarero, giró y se encaminó decidido hacia la mesa de Dow deCastries.

El pequeño hombre de cara blanca e irascible llamado Pater Ten, que siempre se hallaba al lado de deCastries, se incorporó de su silla cuando el oficial se aproximó y se dirigió hacia el camarero sin apartar su mirada de desmayo del teniente coronel. Cuando Pater Ten se acercó, el camarero frunció el ceño y se inclinó hacia adelante para hablar con él. Los dos intercambiaron unas palabras durante un momento en voz baja, a la vez que miraban al teniente coronel; luego salieron juntos rápidamente del comedor.

El teniente coronel llegó hasta la mesa, acercó un flotador libre de la mesa de al lado sin esperar que le invitaran a

hacerlo y se sentó enfrente de la hermosa muchacha de cabello leonado que tenía a su izquierda deCastries.

—Tengo entendido que es el privilegio de la primera noche de vuelo —les comentó con voz agradable a todos los presentes—, que podemos sentarnos a cenar donde nos plazca y conocer a nuestros compañeros de viaje. Encantado de conocerles.

Durante un segundo nadie pronunció palabra. DeCastries sólo sonrió, una sonrisa cortante con la que apenas movió los labios en su atractivo rostro, enmarcado por unas sombras grises que jaspeaban su cabello negro alrededor de las sienes. Llevaba cinco años siendo el Secretario de Asuntos Planetarios para la Coalición de Naciones Orientales de la Tierra, y era bien conocido por su éxito con las mujeres; sus oscuros ojos se habían centrado en la muchacha de cabello leonado desde el mismo momento en que la había invitado —junto con su padre, un mercenario, y el Unificador Exótico, que era el tercero de su grupo— a acompañarle a su mesa. Su sonrisa no reflejaba ninguna amenaza abierta; pero, de manera reflexiva cuando la notó, la muchacha frunció el ceño ligeramente y posó una mano en el brazo de su padre, que se había adelantado en su asiento con la intención de hablar.

—Coronel...

El mercenario llevaba en el bolsillo frontal de su chaqueta la insignia de oficial del Mundo Dorsai, que indicaba que se hallaba contratado por los exóticos de Bakhalla y que ostentaba el grado de coronel. Su rostro, profundamente bronceado con su rígido bigote engominado, podría haber parecido ridículo si no hubiera permanecido tan inexpresivo y duro como la culata de un rifle de agujas. Se interrumpió cuando notó la mano en su brazo, y giró la cabeza para mirar a su hija; pero la atención de ella se centraba en el intruso.

—Coronel —le dijo ella a su vez, y su voz joven sonó enojada y preocupada al mismo tiempo, a diferencia del

tono contenido y mesurado de su padre—, ¿no cree que debería retirarse a descansar un poco?

—No —respondió el teniente coronel mirándola. Ella contuvo la respiración, sintiéndose repentinamente como un pájaro atrapado en la mano de un gigante, al notar la extraña y penetrante atención de sus ojos grises... en total contradicción con el aspecto inofensivo que él ofreciera cuando entró en el salón. Esos ojos momentáneamente la inmovilizaron; indefensa, y sin ninguna advertencia previa ella fue consciente de ser el centro exacto de su visión, desnuda bajo el foco de su juicio—... no lo creo —le escuchó decir.

Ella se reclinó contra el respaldo del asiento y encogió sus bronceados hombros en su verde vestido de noche a la vez que lograba apartar sus ojos de los de él. Por el rabllo del ojo notó que él paseaba su mirada alrededor de la mesa, desde el Exótico de bata azul en un extremo, pasando de nuevo por la figura de su padre y la suya, hasta llegar a un deCastries que sonreía levemente.

—Por supuesto, a usted le conozco, señor Secretario —continuó, dirigiéndose a deCastries—. Para ser franco, elegí este vuelo en particular con destino a Kultis de manera que pudiera encontrarme con usted. Me llamo Cletus Grahame... y hasta el mes pasado era el jefe del Departamento de Estrategia en la Escuela Militar de la Alianza Occidental, momento en el que pedí un traslado a Kultis... a Bakhalla, en Kultis. —Posó sus ojos en el Exótico—. Un oficial de la nave me ha dicho que usted es Mondar, Unificador de Kultis, y que viaja usted con rumbo hacia el Enclave, en St. Louis —comentó—. Bakhalla es su ciudad.

—Es la capital de la Colonia de Bakhalla —repuso el Exótico—; ya ha dejado de ser una simple ciudad, coronel. Estoy seguro de que todos estamos encantados de conocerle, Cletus. ¿Pero cree usted que demuestra buen juicio el que un oficial de las fuerzas armadas de la Alianza trate de relacionarse con gente de la Coalición?

—¿Por qué no... aquí a bordo? —inquirió Cletus Grahame sonriéndole despreocupadamente—. Usted mismo se encuentra con el secretario, y es la Coalición la que le suministra a Neulandia armas y material bélico. Además, como ya he dicho, es la primera noche del viaje.

Mondar sacudió la cabeza.

—Bakhalla y la Coalición no están en guerra —dijo—. Además, el hecho de que la Coalición le haya brindado cierta ayuda a la Colonia de Neulandia no tiene nada que ver con este asunto.

—La Alianza y la Coalición tampoco están en guerra —contestó Cletus—, y el hecho de que apoyen a diferentes bandos en la guerra de guerrillas que mantienen ustedes y Neulandia no tiene nada que ver con este asunto.

—Creo que se equivoca... —comenzó Mondar. Pero entonces fue interrumpido.

Se produjo un repentino descenso en el volumen de la conversación del salón. Mientras ellos hablaban, el camarero y Pater Ten habían regresado, acompañados por un hombre uniformado impresionantemente grande y que llevaba los galones de primer oficial de la línea espacial, que en ese momento llegó hasta la mesa y dejó caer una enorme mano sobre el hombro de Cletus.

—Coronel —dijo el oficial en voz alta—, ésta es una nave suiza con registro de neutralidad. Transportamos a gente de la Alianza y de la Coalición sin ningún tipo de discriminación, pero no nos gusta que se produzcan incidentes políticos a bordo. Esta mesa pertenece al Secretario de Asuntos Planetarios de la Coalición, Dow deCastries. Su mesa se encuentra allí, al otro lado del salón...

Pero Cletus desde el principio no le prestó la menor atención. Por el contrario, volvió a mirar a la muchacha —sólo a ella— y sonrió, enarcando las cejas como si dejara toda la situación en sus manos. No hizo ningún gesto para levantarse de su asiento.

La muchacha le devolvió una mirada furiosa, pero esto no ayudó a que él se moviera. Durante un largo segundo la ira de la joven se mantuvo... luego se diluyó hasta desaparecer. Se volvió hacia deCastries.

—Dow... —comentó, interrumpiendo al oficial de la nave, que ya había comenzado a repetir sus palabras.

La fina sonrisa de deCastries se ensanchó levemente. Él también enarcó las cejas, no obstante su expresión fue diferente de la de Cletus. Dejó que el deseo que había en la mirada de la muchacha se prolongara un buen rato antes de volverse al oficial de la nave.

—Todo está en orden —dijo, su profunda voz musical acalló instantáneamente la del otro hombre—. El coronel sólo hace uso del privilegio que le otorga la primera noche de viaje para sentarse donde desee.

El rostro del oficial enrojeció. Con lentitud quitó su mano del hombro de Cletus. De repente, su tamaño ya no le proporcionaba aspecto impresionante y grande, sino torpe y conspicuo.

—Sí, señor Secretario —aceptó con rigidez—. Ya veo. Lamento haberles interrumpido a todos ustedes...

Lanzándole una mirada de puro odio a Pater Ten, la cual afectó al hombrecito de la misma manera que la sombra de una nube de lluvia afectaría al brillante resplandor de un lingote de acero al rojo vivo, y evitando con cuidado los ojos de los otros pasajeros, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. El camarero se había evaporado apenas escuchar las palabras de deCastries. Pater Ten se deslizó en el asiento que había abandonado anteriormente mirando a Cletus con el ceño fruncido.

—Con respecto al Enclave Exótico de St. Louis —le dijo Cletus a Mondar... no parecía perturbado por lo que acababa de ocurrir—, han sido muy amables prestándome material de biblioteca para investigación.

—¿Oh? —El rostro de Mondar mostró un diplomático interés—. ¿Es usted escritor, coronel?

—Un especialista —respondió Cletus. Sus ojos grises se centraron en el Exótico—. Ahora mismo estoy escribiendo el cuarto volumen, de un trabajo de veintidós tomos que comencé hace tres años, que trata temas estratégicos y tácticos. Pero dejemos eso a un lado ahora. ¿Sería tan amable de presentarme al resto de las personas presentes?

Mondar asintió.

—Como ya dijo usted, yo soy Mondar. Coronel Eachan Khan —volviéndose, se dirigió al Dorsai que había a su derecha—, permita que le presente al teniente coronel Cletus Grahame, de las fuerzas de la Alianza.

—Es un honor, coronel —respondió Eachan Khan con un arcaico y cortante acento británico.

—Es un placer conocerle, señor —replicó Cletus.

—Y la hija del coronel Khan, Melissa Khan —continuó Mondar.

—Hola —Cletus le sonrió otra vez.

—¿Cómo está usted? —dijo ella con frialdad.

—A nuestro anfitrión, el Secretario Dow deCastries, usted ya lo ha reconocido —comentó Mondar—. Señor Secretario... el coronel Cletus Grahame.

—Me temo que ya es un poco tarde para que le invite-
mos a cenar, coronel —dijo deCastries con voz profunda—,
todos nosotros ya lo hemos hecho. —Llamó al camarero
con un gesto—. Sí podemos ofrecerle algún vino.

—Y por último, el caballero que se encuentra a la derecha del secretario —prosiguió Mondar—, el señor Pater Ten. El señor Ten posee una memoria eidética, coronel. Descubrirá que tiene conocimientos enciclopédicos sobre casi todos los temas.

—Encantado de conocerle, señor Ten —dijo Cletus—. Quizá debiera conseguir que me lo prestaran a usted en vez del material bibliográfico que he solicitado para mi próxima investigación.

—¡No se moleste! —exclamó Pater Ten de manera inesperada. Tenía una voz aguda y chillona que, sin embargo,

llegaba con claridad—. Leí sus tres primeros volúmenes... no eran más que un conjunto de teorías descabelladas apoyadas por una historia militar demasiado exaltada. Seguro que si usted no hubiera pedido el traslado de la Academia le habrían echado. De todos modos, ya no pertenece a ella. ¿Ahora quién le leerá? Nunca acabará un cuarto tomo.

—Ya se lo dije —comentó Mondar en la pausa que siguió a esta explosión verbal. Cletus contemplaba al hombrerito con una ligera sonrisa que se parecía a la que había exhibido antes deCastries—. El señor Ten posee una verdadera fuente enciclopédica de conocimientos.

—Ya veo —repuso Cletus—. Pero el conocimiento y las conclusiones son dos cosas diferentes. Y ésta es la razón por la que completaré los dieciséis volúmenes restantes a pesar de las dudas del señor Ten. De hecho, ése es el motivo por el que me dirijo ahora a Kultis... para asegurarme de que sean escritos.

—Eso es... para arrebatarle una victoria a la derrota que se vive allí —graznó Pater Ten—. Ganará la guerra en Bakhalla en seis semanas y se convertirá en un héroe de la Alianza.

—Sí, no es una mala idea —concedió Cletus al tiempo que el camarero colocaba con discreción una copa de vino delante suyo y la llenaba con líquido de un color amarillo canario que había en una botella sobre la mesa—. Sólo que no serán ni la Alianza ni la Coalición los que vencerán con el tiempo.

—Ésa es una declaración fuerte, coronel —dijo deCastries—. Y suena un poco a traición que un oficial de la Alianza hable así de ella ¿no cree?

—¿De verdad piensa eso? —preguntó Cletus y sonrió—. ¿Hay alguien aquí que piense informar sobre ello?

—Posiblemente —y de repente hubo algo frío en la profunda voz de deCastries—. Mientras tanto, es interesante escucharle hablar. ¿Qué es lo que le hace pensar que no serán ni la Alianza ni la Coalición las que acabarán consi-

guiendo la influencia hegemónica entre las colonias que existen en Kultis?

—Las leyes del desarrollo histórico —contestó Cletus— trabajan para que así ocurra.

—Leyes —intervino Melissa Khan con enfado. La tensión que había sentido bajo la tranquila conversación se hizo insoportable—. ¿Por qué todo el mundo piensa... —Miró durante un momento, casi con amargura, a su padre—... que existe una serie de principios, teorías o códigos ideales por los que la gente debería regirse? ¡La gente práctica es la que hace que ocurran los acontecimientos! Hoy en día uno tiene que ser pragmático, de lo contrario más le valdría estar muerto.

—Melissa —dijo deCastries sonriendo— respeta al hombre práctico. Me temo que tengo que darle la razón. Lo que funciona es la experiencia práctica.

—En oposición a las teorías, coronel —se burló Pater Ten—, en oposición a las teorías que hay en los libros. Espere hasta que se vea entre oficiales veteranos en la jungla de Neulandia-Bakhalla en una lucha real. ¡Entonces descubrirá lo que de verdad es la guerra! Espere hasta escuchar el crepitar de un rayo de energía pasando por encima de su cabeza y averiguará...

—*Lleva la Medalla de Honor de la Alianza, señor Ten.*

La súbita intervención de Eachan Khan con su tono cortante y medido atravesó la perorata del otro hombre como si fuera un hacha. En el nuevo silencio reinante Eachan señaló con un dedo índice firme y marrón la condecoración roja, blanca y dorada que había en el extremo derecho de la chaqueta de Cletus.

2

El silencio continuó durante un rato en la mesa.

—Coronel —preguntó Eachan—, ¿qué le ocurre a su pierna?

Cletus esbozó una sonrisa irónica.

—Parte de la rodilla es ahora una prótesis —respondió—. Es muy cómoda, pero se nota cuando camino. —Miró de nuevo a Pater Ten—. En realidad, el señor Ten tiene bastante razón en lo que se refiere a mi experiencia militar práctica. Sólo estuve en activo tres meses una vez que se me dio un destino... fue durante la última escaramuza entre la Alianza y la Coalición en la Tierra, siete años atrás.

—Sin embargo, después de esos tres meses acabó con la Medalla de Honor —comentó Melissa. La expresión con la que lo contemplara antes había cambiado por completo. Se volvió hacia Pater Ten—. Supongo que ésa es una de las pocas cosas que usted desconoce, ¿verdad?

Pater Ten le devolvió una mirada llena de odio.

—¿Es verdad, Pater? —murmuró deCastries.

—Hubo un teniente Grahame condecorado por la Alianza hace siete años —escupió Pater Ten—. Su división lanzó un ataque y aterrizó en una isla del Pacífico que mantenía guarniciones nuestras. La división fue localizada y diezmada, pero el teniente Grahame logró reunir un pequeño grupo que actuó como fuerza guerrillera y tuvo éxito en arrinconar a nuestra gente en sus propias zonas fortificadas hasta que los refuerzos de la Alianza llegaron un mes después. Pisó una mina el día antes de que fuera relevado. Lo desti-